

CELA: UN PERSONAJE EN BUSCA DE AUTOR

Por *José Antonio GARCÍA FERNÁNDEZ*,

IES Pedro Laín Entralgo, de Híjar

(Publicado en *Diario de Teruel*, viernes, 08 de febrero de 2002)

Hace ya tiempo que Camilo José estaba muerto. Cela había dejado de ser escritor para convertirse en lo que, de verdad, deseaba: el patriarca de las letras españolas, una institución ambulante que paseaba su prestigio en apariciones públicas siempre bien remuneradas. Decía aquello de que “El que resiste, gana” y, al final, como a todos, le llegó la hora definitiva. Descanse en paz.

Nada hay más lamentable que la muerte de un personaje de relumbrón. Porque, a los desfiles interminables de dolientes —ministros, reyes y presidentes incluidos—, siguen la pompa y circunstancia, las lágrimas panegíricas, la farsa *post mortem*. No cabe ninguna duda del gran escritor que fue, pero que no se me descuelguen ahora con que era agradable y tierno, cuando la verdad la sabemos todos, que la hemos visto en la *tele* en las ocasiones que tuvo de demostrar su genio, que era mucho. Demasiado.

El problema de Cela era, sobre todo, él mismo. Arrobas, toneladas de yo. Vivió siempre obsesionado por los premios, sin perdonar ninguno. “Se presentó” sin parar (técnicamente, lo presentaron) hasta conseguir el Nobel. Gruñó y pataleó hasta que le dieron el Cervantes. Además, era académico. Y senador, por designación real. Y *doctor honoris causa* por no sé cuántas universidades. Y rector honorífico de la universidad Camilo José Cela. Y tenía una fundación... Nunca comprendí por qué anhelaba tanto el reconocimiento del poder. Y sobre todo, por qué consideraba inapelables sus fallos. Todos sabemos que hasta el Nobel ha tenido eso, fallos. Fallos clamorosos, por dar a quien no merecía o no dar a quien era merecedor. Fallos que no han impedido que la historia pusiera a cada uno en su sitio, rebajando o ensalzando, recuperando olvidos y achicando famas.

A Cela le preocupaba más la sentencia del poder que la de la historia, y a ello se atenía. Pensó que el Nobel lo auparía y lo enterró para siempre como escritor, aproximándolo a la élite del lujo en la que quiso estar. Con Jaguar, choferesa, frac y mujer nueva, chapuzándose en pueblo de cuando en vez, como solía Unamuno, pero sin que nadie le quitara nunca el don: “¿Hace un *pombo*, don Camilo?”.

Exhibía su soberbia sin pudor. Reconocía en público que casi no leía, porque todo lo importante “ya lo había leído”. No aceptaba nuevas influencias. Él, omnipotente, había dejado de copiar, a él lo imitaban. Ni siquiera cierto episodio de plagio en los últimos años sirvió para amansarlo. Negaba valor a la literatura de los jóvenes. Todos le aburrían; los chicos de la “bodeguiya”, los de la mamandurria ministerial. Se enfadaba con los políticos si no se le rendían. A los socialistas no los podía ni ver, máxime desde que Jorge Semprún, a la sazón ministro de Cultura, no corrió a Estocolmo en su día de gloria. Cuando alguien le recordaba su pasado franquista o que se había ofrecido como censor a la dictadura, era transferido de inmediato a la categoría de imbécil-resentido-ignorante-botarate.

Sus *boutades* eran comentadas con generosidad, a pesar de su dudoso gusto. En una de ellas, contada por él mismo, aparece el escritor soltando un sonoro pedo en un banquete y diciendo en voz alta a su vecina de mesa, ante el pasmo de los asistentes: “No se preocupe, señora. Diremos que he sido yo”. A otros los hubieran fulminado por menos.

¡Afortunado don Camilo, que tanta bula tenía! En su última aparición pública, en el Congreso Internacional del Español, celebrado en Valladolid, se descolgó con una consagración del autoplagio, disfrazada de discurso. Desde el Nobel, dejó de escribir. Publicaba, sí, artículos febles, transcurridos en castizo decir entre “San Cojoncianos” y “mozas de buen ver y mejor palpar”, pagados a precio de oro. Cosas que estaban bien para los años cincuenta. También publicó alguna novela, promocionada como fruto de un ímprobo trabajo, pero Cela ya no podía o no quería hacerlo. Fue entonces cuando se convirtió en santón. Era el *ayatollah* de nuestra literatura, ungido de infalibilidad papal. Dios hecho letra. El narrador omnisciente por antonomasia.

No he oído a ningún joven escritor invocar la influencia de Cela. Salvo Francisco Umbral —que ya no es joven, aunque sí escritor, a pesar de *El Mundo* y del *Príncipe de las Letras*, y de ese mediático fantoche que ha creado como *alter ego*—, nadie lo ensalza. Sin embargo, más de uno echa pestes de don Camilo. Y no sólo escritores. Los asturianos, por ejemplo, lo declararon *persona non grata*, después de una desafortunada *salidilla* del escritor, metiéndose con la Santina, que es para los astures como la Pilarica para los aragoneses. Con Ramón Sender, tuvo una sonora bronca en su casa de Mallorca, de la que el autor de Chalamera salió mal parado, con una pierna escayolada y la firme decisión de no volver a este país de cafres. Y en Llanes, arrojaron al mar una placa del puerto, con un párrafo del libro *Del Miño al Bidasoa*, en el que Cela citaba a la villa asturiana. La razón fue otra de sus *brillantes* salidas, poniéndose terne con las vacas, lindos animales que necesariamente tenían que ser gallegos, y despreciando a las “estúpidas gallinas” que, por supuesto, tenían que ser asturianas o así, y no de la tierra de Rosalía.

Una de las afirmaciones más sensatas que he oído tras el fallecimiento de Cela es lo que dijo Manuel Vázquez Montalbán: ahora que se nos murió el personaje, podremos reencontrarnos con el escritor. Dejando, pues, atrás las miserias de la vida, demos paso a la literatura.